HISPANIA

VOLUME II — *March, 1919* — NUMBER 2

LOS ESTADOS UNIDOS Y LOS PAÍSES DE HABLA ESPAÑOLA

(Address delivered at the Second Annual Meeting of the American Association of Teachers of Spanish, December 28, 1918, in New York.)

Por fin cumplo con una promesa hecha a nuestro distinguido Presidente, el Sr. Wilkins, no cumplida por causas ajenas a mi voluntad, pero reiterada con el mayor deseo de pagar la deuda de gratitud ya contraída por la distinción que se me hace.

Vengo hoy a cambiar impresiones con vosotros, individuos de la Asociación Americana de Maestros de Español, no a hablaros con una autoridad de que carezco, sino a exponer ante vosotros, que seguís con interés y cariño la carrera del profesorado, algunas consideraciones que puedan serviros de estímulo en la enseñanza del castellano, uno de los idiomas más hermosos, como música, como expresión del pensamiento, como lengua comercial, de las tres cuartas partes de nuestra América.

Esta guerra, imperdonable por la sin razón, la crueldad, la maldad con que se ha llevado a cabo, ha venido a enseñarnos que la solidaridad de nuestras instituciones públicas depende de la solidaridad de nuestras relaciones de amigos, de vecinos, de correligionarios políticos. Estas relaciones que deben tener como base un perfecto conocimiento de nuestras costumbres, nuestras modalidades, nuestra psicología, nuestras necesidades de la vida diaria, tienen que descansar sobre las bases de una comprensión mutua de lo que somos y lo que aspiramos a ser.

Y mientras no nos entendamos, mientras no nos acerquemos unos a otros por medio del lenguaje que traduce los pensamientos, habrá

siempre desconfianzas, suspicacias, errores que las necesidades de momento nos obligarán quizás a tolerar, pero que no se olvidarán e irán amontonándose y creciendo y fermentando hasta producir antipatías injustas y enemistades que no tienen razón para existir.

Son los Estados Unidos de América la más antigua de nuestras repúblicas, y las otras del continente tomaron como base al establecerse la constitución de aquélla. No entraré a discutir si, como dicen algunos, en la aplicación de muchas de esas bases anduvimos más o menos ligeros, nosotros los hispano-americanos; ésta es materia de otro órden, que bien podemos dejar a los historiadores, jurisconsultos y amantes de controversias políticas. Baste para mi propósito decir que, si tomamos como modelo de nuestras repúblicas la carta fundamental de la mayor de las del continente, esa identidad de instituciones es natural que traiga identidad de intereses, ya que todos ocupamos el mismo hemisferio y que podemos como vecinos, más o menos remotos, conservar relaciones de mutuo provecho en todos los órdenes.

Los Estados Unidos, que por su extensión territorial, las riquezas de su suelo, la diligencia de sus habitantes, la solidez y estabilidad de sus instituciones, es hoy el país industrial más próspero del universo, para su vida diaria, para sus industrias, para conservar sus riquezas, necesita de los productos, las materias primas, los minerales, que abundan en la América tropical y subtropical. Éstas a su vez no pueden pasarse, para su propio desarrollo interno, sin los productos industriales que les hacen falta para explotar con ventaja los frutos de sus riquezas naturales.

Ha sido hasta hoy obstáculo para el establecimiento de mayores lazos comerciales con los Estados Unidos la competencia europea en la América Española, competencia a la cual este país no ha sabido oponer los medios que sus rivales han puesto en juego para ganarse la buena voluntad, la amistad y hasta la gratitud comercial de los hispano-americanos.

Es cierto que este descuido de parte del comerciante, el fabricante, el capitalista, el banquero y el mismo político americano—o *estadunidense* como hoy ha comenzado a llamarse el hijo de esta grande, hermosa y valiente república—tiene explicación. Cuando se recuerda que desde hace apenas medio siglo—después de la Guerra Civil separatista—todos los esfuerzos de los Estados Unidos se concentraron en la reconstrucción del país y el desarrollo de sus

riquezas e industrias, no puede uno menos de admirar ese espíritu de trabajo y resolución al que se debe la enorme prosperidad de que disfruta.

Pero mientras este desarrollo se efectuaba, los grandes centros industriales, monetarios, comerciales de Europa extendían sus relaciones ya de muy antiguo establecidas en todos los pueblos de la América Española, abrían nuevas casas de comercio, y con estos nuevos créditos a los comerciantes y productores de allí, cuyos gustos y necesidades estudiaban, cuyos caprichos satisfacían complacientes, cuyas costumbres respetaban, cuya sociedad frecuentaban en términos de igualdad y camaradería, y con cuyas familias se enlazaban fundando nuevos hogares honorables y respetados.

Para esta conquista comercial y social se contaba con un arma poderosa, el conocimiento de la lengua española, el idioma de la mayoría de los países de la América del Sud. Era el español el que servía para las necesidades del tráfico comercial, el que se empleaba para conservar las relaciones sociales, el vehículo del pensamiento a través del cual se conocía la naturaleza íntima de pueblos de otra raza y de otras costumbres.

Y como se entendían unos y otros, fueron desapareciendo desconfianzas y suspicacias, y naciendo simpatías, amistades y respeto mutuos, y se establecían créditos y se facilitaban las operaciones mercantiles. Debido a estas relaciones y el deseo, estimulado por el comerciante extranjero, de hacer viajes a Europa, los comerciantes de la América Española enviaban luego a sus hijos a educarse en aquellos centros de cultura.

Con este sistema se hacían más fuertes los lazos de amistad entre unos y otros, y se iba imponiendo poco a poco la cultura moderna europea en el corazón de nuestras sociedades, de origen europeo ellas mismas, en nuestras costumbres, en nuestra literatura, y como consecuencia inevitable, nuestras relaciones de comercio se extendían y hacían más importantes.

Desde hace cerca de treinta años, en realidad desde que se celebró en Wáshington el Primer Congreso Panamericano, convocado por James G. Blaine, a la sazón Secretario de Estado de los Estados Unidos, comenzó a tomar cuerpo en este país la idea de fomentar el comercio con la América Española. La llamada entonces Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas—hoy Unión Panamericana—fué creada por ese primer Congreso a propuesta del delegado

de Colombia, con el objeto de facilitar datos e informaciones comerciales y financieras de todo género acerca de todos los países del hemisferio americano.

Cómo ha cumplido la Unión Panamericana, no hay para que decirlo, basta citar el hecho de que las conferencias subsiguientes la han reorganizado dos veces, a medida que ha ido creciendo y cobrando dignidad la institución, que hoy cuenta con un edificio propio, para cuya construcción contribuyó generosamente el filántropo Carnegie, lo mismo que todas las repúblicas del hemisferio americano, las cuales acuden con una subvención anual a su mantenimiento y mejora.

El Palacio de la Unión Panamericana en Wáshington, además de su valor moral, puesto que representa nobles ideales de paz, confraternidad e igualdad, es una de las joyas arquitectónicas de la Capital de los Estados Unidos, sin rival ni parecido en el país. Hoy tiene en su biblioteca 40,000 volúmenes acerca del movimiento legislativo, económico, comercial, industrial y político de las 20 repúblicas de la América del Sud, su historia y mucho de su literatura. Publica mensualmente, en cuatro ediciones separadas, un Boletín en español, inglés, portugués y francés, que son las lenguas de las Américas, y tiene un personal muy competente para la información, el cual está al servicio de cuantos solicitan datos relativos a los 21 países que componen la Unión. Con los elementos que allí existen podemos seguir paso a paso el desarrollo de las relaciones, de todo género, entre los Estados Unidos y el resto de las naciones de América. Así cumple la Unión Panamericana la propaganda que le está encomendada; pero ésta no estaría completa sin la gestión personal, incansable del Director General, el señor Barrett, que no pierde ocasión de dar a conocer, ya de palabra, ya por escrito, el tesoro de riquezas y oportunidades que para el fomento de la política de la mejor inteligencia y del comercio y el bienestar material de todas las repúblicas, existen en cada una de ellas.

Convencida de la necesidad urgente de acercar más y más cada día a todos los pueblos del continente americano por medio de vínculos que no sean solamente los creados por el intercambio de mercancías y de capitales, no ha cesado la Unión Panamericana de promover de cuantos modos ha podido el establecimiento de otras corrientes sociales que se resuelvan en sentimientos de verdadera simpatía, en

aprecio sincero, del valor moral y de la cultura de pueblos que, si son de diferentes razas y lenguas, tienen los mismos ideales y viven en el mismo hemisferio.

Estos anhelos han hallado eco simpático entre los hombres de buena voluntad y visión serena de toda la América, y así hemos visto sucederse, con sede en distintos países, reuniones internacionales, importantísimas, de órden general como las llamadas Conferencias Panamericanas, y congresos panamericanos médicos, científicos, comerciales y financieros, escolares y otros. En estas reuniones, a donde han concurrido hombres eminentes de cada una de las naciones de América, aportando cada cual la más alta expresión de cultura del país que representa, se han formado nuevas amistades, se han discutido problemas de interés científico, jurídico, económico, bajo diferentes aspectos, según la necesidad de cada cual, estableciendo bases de mayor acercamiento y de esa igualdad que debe existir entre pueblos que la Naturaleza ha puesto en un mismo continente, que tienen rasgos históricos en común, y comparten los mismos ideales políticos, que pueden servirse mútuamente para su mayor provecho y bienestar material.

Las Conferencias Panamericanas han recomendado, como vía de mayor acercamiento, la fundación de una Oficina de Educación en Wáshington encargada de buscar y establecer las bases de una corriente educativa entre los pueblos de América de lenguas derivadas del latín y el de habla inglesa. En este programa entra naturalmente la popularización del estudio del castellano y el portugués en los Estados Unidos, y del inglés en la América del Sud, y el mejor conocimiento de la historia, la literatura y la vida de nuestros pueblos todos.

La guerra europea ha venido a entorpecer el desarrollo del plan, como lo recomiendan los Congresos Científicos Panamericanos. Pero en el empeño de cumplir hasta donde sea hacedero con recomendaciones de tanta importancia, en la Unión Panamericana de Wáshington se ha creado una Sección de Educación, la cual ha venido trabajando por establecer las bases de un verdadero intercambio escolar y educativo en lo que algunos llaman Pan-América. Hasta hoy se ha logrado conseguir que 50 instituciones de los Estados Unidos ofrezcan instrucción gratuita a estudiantes sudamericanos que llenen las condiciones reglamentarias para ingresar a aquellos planteles de educación, y durante

el año que va a comenzar, ya más normalizada la situación mundial, algunos estudiantes vendrán a este país, debido exclusivamente a los esfuerzos hechos por la Sección de Educación.

Ha sido materia de interés y correspondencia de la Sección el fomentar el estudio del español en los Estados Unidos y el inglés en la América Hispana, a fin de qua más adelante se pueda establecer un intercambio de estudiantes y profesores para cimentar mejor nuestras relaciones de todo género.

Además de las dificultades económicas con las cuales se tendría que luchar para establecer este canje de estudiantes y profesores, una vez obtenido el cambio, es materia de importancia inestimable el conocimiento del español por parte de los que en los Estados Unidos hubieran de beneficiarse de las lecciones y conferencias de los profesores de canje. También el conocimiento del idioma facilitaría desde luego el trabajo de los estudiantes que fuesen a la América Hispana. Pero se me ocurre que si tal sistema de canje se ha de poner en práctica, los primeros llamados a gozar de esas ventajas habrían de ser los maestros de español, que con buen conocimiento de la lengua podrían ir a perfeccionarse a Sud América, mientras enseñan allí el inglés o alguna otra materia en inglés.

Y al llegar aquí me viene al recuerdo una creencia que algunos maestros de español parecen alimentar, no sé si por el deseo de distinguirse de los demás o porque en realidad así lo crean; hablo de la ocurrencia de que el español que se habla en la América Hispana es distinto del que se usa en la península española. De aquí que algunos crean que sea necesario enseñar el idioma como se habla en Sud América, en vez de la manera como se habla en España, mientras que otros opinan lo contrario.

Como no he venido a esta grata reunión a entrar en discusiones filológicas, me limitaré a consignar en rasgos generales lo que ya sabéis todos, que el español no es más que uno; que las diferencias que puedan existir en el empleo y aun en la diversa significación de algún vocablo es obra del uso, del medio ambiente y a veces de la ignorancia; que el idioma escrito es uno mismo y las variantes que se hayan podido introducir en la ortografía son de tan ligera importancia que cualquiera las comprende; que en cada uno de los países de la América Hispana hay de uso diario y corriente palabras de origen local, que los españoles conquistadores aceptaron desde luego, o bien porque los nativos las entendían o porque ellos mismos

no conocían otro equivalente, ya por ignorancia, ya porque no existiera por aplicarse a algo nuevo que en España no había; que la América Hispana no fué poblada por españoles de un mismo pueblo, sino que acudieron a ella vascos, andaluces, castellanos, aragoneses, catalanes,—en fin, de todas las provincias de España, y dejaron allí sus modos de decir, su manera de pronunciar; y por último, que si aplicamos igual razonamiento al inglés tal y como se escribe y se habla en Inglaterra, madre del idioma, y en cada una de sus colonias y dependencias, en los Estados Unidos y cada uno de los estados que lo componen, tendremos iguales diferencias de palabras, pronunciación, y ortografía.

El español clásico es uno, y de estudiar un idioma se debe aprender el que consagra como bueno el uso de los doctos; lo demás es cuestión de detalles, a veces demasiado pueriles para merecer importancia.

Supongo que la mayoría de los que estudian español lo hacen más desde el punto de vista comercial que del científico. La América Hispana, que siempre ha ofrecido un campo fértil y productivo para los que han sabido explotarlo, sólo aguarda la industria, el capital, el esfuerzo del que quiera desarrollar sus riquezas. Para lograr ese fin es el español elemento de absoluta necesidad, y si antes lo ha sido, más lo es hoy, pues allí está el campo en donde el comerciante y el banquero han de hallar cuanto se necesita para esta nueva era de progreso y reconstrucción que ha de venir después de la guerra. El que vaya a la América Hispana, si conoce el español, obtendrá ventajas que no puede alcanzar el que ignore el idioma, por más que sea una maravilla, un genio en el arte de hacer negocios.

Para estrechar las relaciones que existen entre los Estados Unidos y los países de habla española, tenéis vosotros un elemento poderoso y principal, la enseñanza del idioma que abrirá a quienes lo posean las puertas de los hogares y el corazón de los habitantes de todos los países que tienen y conservan con orgullo la lengua de la cual dijo Carlos V que había sido hecha para hablar con los dioses; aquélla en que se ha escrito el libro más humano y hermoso de las edades, "El inmortal *Don Quijote*"; en que se han cantado las hazañas del primero de los Capitanes, "El Cid"; que ha servido para consignar la historia del descubrimiento y la conquista de un continente. Lengua que por su flexibilidad, su armonía, su belleza, es como un instrumento músico que da todos los matices de la gama

de los sentimientos y pasiones humanas, y así rie como llora, es humilde en la oración y valiente en el poema épico, profunda en la filosofía y ligera en el canto, colorido en la pintura, pero siempre sonora, siempre fiel y rica intérprete de las variadas sensaciones.

Una lengua de tanta importancia sirve así para el comercio como para la ciencia, y siendo, como es, la expresión de más de 51 millones de habitantes, en la América quien llegue a adquirirla no sólo tendrá un guía que le lleve de una en otra sensación, de uno a otro descubrimiento, sino que ampliará su educación, acrecentará su fortuna, y, extendiendo el ángulo de la visión humana e intelectual, adquirirá una nueva personalidad que completará la suya propia.

Y ya que tenéis la palabra mágica que ha de abrir esos nuevos horizontes, debéis animaros a llevar adelante el interés por esos pueblos, esas civilizaciones que se extienden al sur más allá de vuestras fronteras terrestres y marítimas; y debéis hacerlo animados no sólo de un sentimiento generoso de confraternidad, sino en beneficio de los grandes problemas que ha de traer la nueva era de paz.

Tiempo es de que se establezca de manera sistemática el estudio de la historia, la geografía y la literatura de la América Hispana, como materia importante del programa educativo de las escuelas secundarias y de los colegios del país.

Los Estados Unidos han salido ya, impulsados por su propio desarrollo industrial, así como obligados por las circunstancias de la guerra mundial, de esa vida de centralización que han venido sosteniendo atraídos por su propia fuerza productiva, que bastaba para todo. Ésa era la época del desarrollo interno del país, y como éste ha alcanzado un grado eminente las miradas del ciudadano de los Estados Unidos buscan hoy otros horizontes. Por esto es que el sistema de educación estadunidense tiende de algún tiempo a esta parte a abarcar materias que antes merecían poca atención, y que por no tener mayor aplicación en la práctica de la vida diaria eran sólo consideradas como materias de adorno.

La influencia que ha de ejercer en todas las esferas de actividad del país la vuelta de esos centenares de miles de hombres que por la primera vez en su vida se han podido dar cuenta de que el mundo va un poco más allá de su pueblo o de su radio de acción, será de una importancia inconcebible en el porvenir de los Estados Unidos. Estos valientes que han cruzado los mares y han expuesto sus vidas en defensa de derechos atropellados y de ideales nobles y generosos,

al volver al hogar traerán consigo nuevas ideas, nuevas ambiciones y un espíritu de tolerancia, que sólo se adquiere fuera de los límites del país, y que se arraiga en el corazón después de sufrir las amarguras de la adversidad y de pasar por el crisol del dolor humano.

Estamos, pues, a las puertas de un período de reconstrucción, no solamente comercial sino de ideales, de educación, de amplitud de miras y de juicios humanos. El criterio de superioridad de razas, fundado en la ignorancia de lo que pasa en el mundo y en discrepancias de gustos y costumbres, desaparecerá para ser reemplazado con el de la igualdad del mérito, basado en una verdadera apreciación de los esfuerzos ajenos, debida al conocimiento de la lengua, la historia y la psicología de otros pueblos y otros hombres.

En vuestras manos está, señores profesores de español, el dar impulso a ese movimiento, y es por eso que la obra que os está encomendada ha despertado un eco simpático en mi corazón de hispano-americano y en mi interés como encargado de la Sección de Educación de la Unión Panamericana. Vengo, pues, a ofreceros mis parabienes como hispano-americano y toda mi cooperación en mi carácter oficial.

Francisco J. Yánes,
Subdirector de la Unión Panamericana

Washington, D. C.